

Rasgos vizcaínos de San Ignacio

por el

P. ANSELMO DE LEGARDA.

La *Autobiografía* del santo de Loyola no llegué a leer hasta meses después de acabar de escribir *Lo Vizcaíno en la Literatura Castellana* (1).

No puedo menos de afirmar que en aquellas páginas hallé muchos bienes espirituales y ansias de mayor aproximación a San Ignacio. Pero, al propio tiempo, se despertaron en mí recuerdos menos devotos, relacionados con escenas, hechos o frases de escritores castellanos del tiempo viejo, recogidos en mi libro.

San Ignacio, en múltiples ocasiones, obraba como el tipo vizcaíno auténtico o fingido de la Literatura Castellana. Con el autorretrato de Iñigo, el "de bondad pobre", coincidían en varios rasgos los diseños de vizcaínos trazados por la pluma de Cervantes, de Lope de Vega y otros ciento.

Pienso que no sonará a irreverencia hacer acotaciones en la *Autobiografía* e ilustrarla con testimonios de autores profanos, siguiendo el orden de algunos capítulos de *Lo Vizcaíno en la Literatura Castellana*, y aun confirmando su doctrina.

Vizcaíno.—Calificar de vizcaíno a San Ignacio no será motivo de escándalo para quienes conozcan la práctica de su época. El propio santo aplicaba el vocablo a quienes evidentemente no eran naturales del Señorío. A él se lo daban los suyos, los de la Compañía.

Cierto que dos siglos más tarde aquel uso se le antojaba reprochable abuso al P. Larramendi, quien, en su *Corografía* (2), recuerda la anécdota de cierto guipuzcoano celoso de sus glorias: "Dijo un

(1) Trabajo que en breve editará la «Biblioteca Vascongada de los Amigos del País».

(2) Ed. de Barcelona, 1882, pág. 19.

predicador en Madrid: —Nació San Ignacio de Loyola en Vizcaya... Y le interrumpió otro: —Miente, ¡voto a Cristo!; que no nació sino en Guipúzcoa, donde está Azpeitia, y, en su jurisdicción, Loyola.”

Mas todos sabemos apreciar en su justo valor las censuras del paladín del cantabrismo.

Difusión.—Si la difusión de vizcaínos por tierra y por mar no estuviera ya suficientemente comprobada, nos brindarían excelente argumento los encuentros de San Ignacio con los de su tierra en sus andanzas por media Europa.

“A la fin—nos cuenta el santo (3)—llegó a Génova, adonde le conoció un viscaíno que se llamaba Portundo... Este le hizo embarcar en una nave que iba a Barcelona.”

El P. Ribadeneyra (4) nos refiere del Iñigo estudiante que “a la entrada de Alcalá, el primero con quien topó, fué un estudiante de Vitoria, llamado Martín de Olave, de quien recibió la primera limosna”.

Y el mismo San Ignacio (A. 6, 57) recuerda agradecido los buenos servicios que le prestaron en la propia Alcalá el sacerdote estellés don Diego de Eguía y su hermano Miguel, el impresor.

Años más tarde, según cuenta Ribadeneyra (5), dos hermanos navarros, cuando regresaban de Jerusalén, “toparon en Venecia con el P. Ignacio, a quien antes habían conocido y tratado familiarmente en Alcalá. Estos se llamaban Esteban y Diego de Eguía, que después entraron y murieron santamente en Roma en la Compañía”.

La escolta de vizcaínos que rodeó a Iñigo en París es bien conocida: descuella entre todos el Maestro Francisco Javier, a quien “después ganó para el servicio de Dios por medio de los ejercicios” (A. 8, 82), y que fué, junto con el de Loyola, la flor de los vizcaínos de todos los tiempos.

Indumentaria.—En el siglo XVI, y aun posteriormente, fué característica la indumentaria del vizcaíno, así por el corte de las prendas como por su color (6).

Los vestidos con que el convertido de Loyola salió de su casa

(3) *Autobiografía*, 5, 53. Para abreviar las referencias a esta obra, emplearé, en el texto mismo, la sigla A, seguida de dos cifras, correspondientes respectivamente a capítulo y número marginal. Cito por la edición de De Dalmases en la BAC.

(4) *Vida del bienaventurado Padre Ignacio de Loyola*, libro 1, cap. 14, página 84. Cito por la ed. del P. E. Rey en la BAC, entre las «Historias de la Contrarreforma».

(5) O. C., 2, 6, 112.

(6) Estas afirmaciones que aquí pueden parecer un tanto gratuitas, están, a mi ver, suficientemente probadas en *Lo Vizcaíno...*, al que me remito.

y de su tierra, fueron sospechoso atavío de un pobre en Montserrat, cuando se los cambió el caballero andante a lo divino. Ese trueque y la falta de descripción nos vedan todo comentario.

En cambio, a su regreso de Tierra Santa por la Pulla, nos cuenta (A. 5, 49) que "hacía grandes fríos y nevaba; y el pelegrino no llevaba más ropa que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos, y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchilladas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo".

Las "piernas nudas" traen a la memoria cierta loa anónima (7) que, en la enumeración de tópicos relativos a Vizcaya, incluye precisamente ese pormenor:

...desnudo en piernas le andas,
por la montaña le corres (8).

En cuanto al color negro del jubón, no lo conceptúo minucia baladí, pues lo he hallado mentado en diferentes descripciones del atuendo vizcaíno. Y podríamos notar, como rara coincidencia, que, cuando lo de Alcalá (A. 6, 58), sólo a Iñigo y a otro les mandan teñir sus ropas de negro.

Con los zapatos no se avienen los vizcaínos literarios, pero ninguno llega al extremo de nuestro peregrino (A. 6, 55) cuando, por penitencia, los agujerea por las suelas y aguanta el invierno con sola la pieza de arriba.

Estudiante pobre.—El hijo de Loyola, con su pobreza voluntaria, recorrió los mismos caminos que otros de su tierra con la suya forzada.

El maestro Correas (9) recogió una frase proverbial: "Largo y angosto como alma de vizcaíno; o larga y angosta. Dícese porque los que vienen nuevos a Salamanca, por una parte, querían mostrarse liberales, y por otra, se estrechan, porque es poco el caudal. Y dijeran mejor: Largo y angosto como bolsa de vizcaíno."

Cuando en Alcalá (A. 7. 64) les ordenaron vestirse como estudiantes, el mismo vicario tuvo que proveerles de vestiduras, bonetes y todo lo demás de estudiantes, porque Iñigo y sus compañeros no tenían con qué comprarlo.

(7) *Colección de Entremeses, Loas...*, «Nueva Biblioteca de Autores Españoles», t. 18, pág. 398.

(8) La ropilla y las «piernas descubiertas y en carnes hasta los muslos» aparecen en la vieja pintura del vizcaíno por Andrés de Poza, *De la antigua lengua...*, Bilbao, 1901, págs. 83-84.

(9) *Vocabulario de refranes...*, Madrid, 1924, pág. 262.

En París, por mostrarse no sólo liberal, sino caritativo, dió a guardar veinticinco escudos, que no pudo recobrar. Quiebra que le forzó a mendigar y aun a dejar la casa en que estaba (A. 8, 73).

Acogiose al hospital de Saint Jacques, cuyo emplazamiento y horario le impedían estudiar debidamente. Por esto, "viendo que había algunos que servían en los colegios a algunos regentes y tenían tiempo de estudiar, se determinó de buscar un amo" (A. 8, 74).

A esa costumbre alude Cervantes en *El Vizcaíno fingido*.

Pero a nuestro Ignacio, por más diligencias que hizo, no le fué posible hallar un amo (A. 8, 75).

Por fin se decidió a emprender aquellos viajes de dos meses a Flandes y a Inglaterra, de donde traía limosna para todo el año (A. 8, 76).

Muy buen escribano.—Cuando San Ignacio, tan parco en el uso de superlativos, se calificó a sí propio de muy buen escribano (A. 1, 11), señal es de que el hecho era innegable. Y los autógrafos que de él se conservan, prueban que no erró al juzgar en propia causa.

Además mostró afición desmesurada o fe ciega en los documentos notariales y certificados de sentencias. Igual en Alcalá que en Salamanca, así en Ruán como en París, tanto en Venecia como en Roma.

Castillo Solórzano, en sus *Tardes entretenidas* (10), nos presenta a un pajecillo de Oñate camino de Madrid, con "las escribanías en la pretina, que éstas son en los más su remedio, y por ellas vienen a ocupar grandes lugares".

Antes que el paje de Oñate, tuvo esa costumbre nuestro Iñigo. Ni en el viaje a Jerusalén se desprendió de las escribanías, y hasta se valió de ellas para cometer unos santos cohechos. En cierta ocasión, nos cuenta (A. 4, 47) "se descabulló de los otros y se fué solo al monte Olivete. Y no le querían dejar entrar las guardas. Les dió un cuchillo de las escribanías que llevaba; y después de haber hecho su oración con harta consolación, le vino deseo de ir a Betfage; y estando allá se tornó a acordar que no había bien mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie derecho, o a qué parte el izquierdo; y tornando allá, creo que dió las tijeras a las guardas para que le dejasen entrar".

Ribadeneyra (11) puntualiza lo de las tijeras: "...dió a la guarda las tijeras que le habían quedado de las escribanías".

El origen de ellas tal vez fuera Vergara. Podemos barruntarlo por

(10) En la «Novela Tercera», *El Proteo de Madrid*, Madrid, 1908, páginas 161-162.

(11) O. C., 1, 11, 77.

una carta del famoso obispo de Méjico Fray Juan de Zumárraga a su sobrino Sancho García (12): "Paréceme que debéis en Bergara mandar hacer cuchillos sin punta que no sean grandes, sino de jeme o de palmo, y cajas de escribanías, que se hacen buenas allí, y tijeras largas, así de escribanías de asiento como de cortar lienzo y de barberos..."

El yantar de Ignacio.—En este punto el ascetismo del santo ofrece escasa materia de comentario: su ayuno y abstinencia hasta de vino, fuera de los domingos (A. 3, 19), están muy lejos de las comilonas de su tierra, donde no siempre se guardaban las "reglas para ordenarse en el comer".

Una inocente afición le renació en su vejez, cuando ya tenía casi perdido el sentido del gusto. Según testimonio del P. González de Cámara (13), la fiesta que en ocasiones le hacían "era darle cuatro castañas asadas, que, por ser fruta de su tierra y con la que él se crió, daba muestras que se holgaba con ello".

Su comportamiento en la mesa distaba mucho del atribuido por Cristóbal de Villalón a los vizcaínos (14):

"Mata.—¿Parleros son al comer, como vizcaínos?"

Pedro.—Con mucha más crianza; que ésoş parlan siempre a troche moche y ninguno calla, sino todos hablan; mas los griegos, en hablando uno, todos callan."

San Ignacio nos dice de sí mismo (A. 4, 42): "Tenía el peregrino esta costumbre desde Manresa, que, cuando comía con algunos, nunca hablaba en la tabla, si no fuese responder brevemente; mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y, acabada la comida, lo hacía."

Ese "desde Manresa" induce a pensar que antes hablaba en la tabla, si bien menos que los de Villalón.

Intrepidez.—La de los vizcaínos esparcidos por el mundo no pasó inadvertida. Sería prolijo aducir testimonios de autores imparciales.

La vida entera de San Ignacio es constante manifestación de su valor intrépido, no sólo en la defensa de la fortaleza de Pamplona (A. 1, 1), sino principalmente en la conquista de su castillo interior.

Pasado el apuro espiritual, y ganado el altozano, se pone a "gritar por aquellos campos y hablar con Dios" (A. 8, 79).

Grita asimismo para poner coto a torpes instintos de la solda-

(12) Publicada en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», 6, 1885, páginas 249. La carta es del 18 de agosto de 1541.

(13) Citado por el P. Pedro Leturia, *El Gentilhombre Iñigo López de Loyola*, Barcelona, 1941, pág. 46.

(14) *Viaje de Turquía*, coloquio VI, «Nueva Biblioteca de AA. EE.», t. 2, página 80.

desca, y les increpa con tal eficacia que todos quedan espantados (A. 4, 38).

Con todo, tan refrenada tenía la cólera y sus arrebatos que “sabida cosa es que en más de treinta años nunca llamó a nadie ni necio ni bobo, ni dijo otra palabra de que se pudiese agraviar” (15).

Miedo, grande miedo, pasó al internarse por aquel camino estrecho junto al río. “Y ésta fué la más grande fatiga y penalidad corporal que jamás tuvo” (A. 9, 91).

Se estremeció y se le espeluzaron los cabellos en Alcalá la noche que tuvo que habérselas con duendes, trasgos o demonios (16).

Un siglo después continuaban todavía esos desagradables huéspedes turbando la paz y el sueño de los jesuitas de Alcalá. Y es rara casualidad que escogieran para sus travesuras a un hermano que se llamaba Zárate, de nación vizcaíno (17).

Tenacidad.—La constancia y firmeza de voluntad, cualidades que se consideraban innatas en lo más granado de los vizcaínos, respaldaron singularmente en el fundador de la Compañía.

Cuando determinaba seguir el mundo (A. 1, 4) y veía que un hueso encabalgado sobre otro y la pierna más corta iba a defraudar sus esperanzas, sin más que apretar mucho los puños, pasó aquel doble desconcierto de los huesos y martirio de toda su persona.

Decidió ir a París a estudiar, y ni el peligro de quedar espetado en asadores le infundió temor (A. 7, 72).

Tesón inquebrantable demostró en los preparativos y en el paso a Tierra Santa (A. 3, 35; y 4, 43; y 4, 45 y 46).

Concibió el propósito de navegar de Valencia a Génova y, a despecho de Barbarroja y sus galeras y “otras muchas cosas que le dijeron, suficientes para ponerle miedo, con todo, nada bastó para hacerle dudar” (A. 9, 90).

No a todos ni siempre placía este rasgo admirable de su carácter. En un momento de rebeldía llegó a decir el portugués P. Simón Rodríguez (18): “Vos habéis de saber que el P. Ignacio es buen hombre

(15) Ribadeneyra, o. c., 5, 6, 348.

(16) Lo refiere Ribadeneyra, o. c., 5, 9, 365. Lo supo de labios del propio San Ignacio. V. «Razón y Fe», 42, 1915, 296.

(17) Véanse las *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús*, t. I, «Memorial Histórico Español», t. 13, págs. 169-170. Cartas posteriores contienen nuevos datos.

(18) Consta en carta del P. Cámara a Roma, 7 de enero de 1553, *Epistolae Mixtae*, t. III, pág. 34; reproducida también por A. Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús en su Asistencia de España*, t. I, Madrid, 1912, página 596. Agradezco al P. Rafael Olachea, S. I., la compulsación de este dato.

y muy virtuoso, mas es vizcaíno, que como tome una cosa a pechos, etcétera.”

Para lograr su intento debía de recurrir algunas veces a maneras y procedimientos diplomáticos dignos de los secretarios vizcaínos, entre súbditos obsequiosos y bienhablados. Eso querrán decir, si atenúamos su virulencia, ciertas frases destempladas del P. Bobadilla, conservadas en las efemérides del P. Nadal: “Hic mira insolentia verborum utebatur, hunc puerum, illum asinum vocans: nec hoc mirum, cum P. Ignatium appellaverit sophistam malignum, adulationibus delinitum biscainum.” (19)

Salirse con la suya como vizcaíno era frase proverbial, y Pedro Espinosa (20) la aplicó muy atinadamente a San Ignacio:

Pedro, de quien sois segundo,
plantó la fe como cedro,
y vos, hijo de Sant Pedro,
la trasplantáis a otro mundo.
Vuestro consejo es profundo,
pues con acuerdo divino,
para tan largo camino
tomáis el Norte en la diestra,
para salir con la vuestra
como hidalgo vizcaíno.

Unión.—Observó Andrés de Poza (21), a propósito de los vizcaínos, que fuera de su patria “es mucho de notar lo que se honran, aman y ayudan, y esto sin otra ni más conocencia, salvo de ser compatriotas de la lengua vascongada”.

Lo propio advirtió más tarde Castillo Solórzano, a cuento del paje de Oñate, y lo subrayaron en el siglo siguiente Cadalso y don Ramón de la Cruz (22).

(19) *Monumenta Historica, S. I., Epist. P. Hier. Nadal*, vol. II, pág. 53. Debo esta nota al P. Ignacio Iparraguirre, S. I., que ha tenido a bien interrumpir sus tareas del «Instituto Histórico» para atender a mis impertinencias. Dios premie su caridad.

A tono con el primer insulto está lo que narra Astrain, o. c., t. I, página 646: «El P. Bobadilla, en un rato de mal humor, escribió al santo que no leía sus cartas «porque de lo superfluo de vuestra carta principal se pudieran hacer dos cartas». A esta inconsiderada observación contesta Ignacio: «A mí, por gracia de Dios nuestro Señor, me sobra el tiempo y la gana para leer y releer todas las vuestras».

(20) *Obras*, ed. de Rodríguez Marín, Madrid, 1909, págs. 55-56.

(21) *O. C.*, pág. 95.

(22) Omíto las citas: aparecen en *Lo Vizcaíno...*

Diferentes episodios de la vida de San Ignacio podrían servir de base para deducir esa doctrina. Por los textos citados antes, acerca de la difusión, se entrevén los agasajos y favores que recibió de los de su tierra en regiones lejanas.

El único que desentonó fué Miguel de Landívar (A. 11, 98), por el resquemor del cambio de Francisco de Javier, ganado por el de Loyola.

Notable es el lance que le ocurrió al peregrino en el viaje de Ferrara para Génova. "Y partido a la mañana—nos cuenta (A. 5, 53)—caminó hasta la tarde, que le vieron dos soldados que estaban en una torre y bajaron a prendelle. Y llevándolo al capitán, que era francés, el capitán le preguntó entre otras cosas, de qué tierra era. Y entendiendo que era de Guipusca, le dijo: —Yo soy de allí cerca—parece ser junto a Bayona; y luego dijo: —Llevalde y dalde de cenar, y hacelde buen tratamiento."

¿Eran también de cerca de Guipúzcoa, junto a Bayona, los franceses que cuando Iñigo cayó herido en Pamplona, le trataron muy bien, cortés y amigablemente y luego lo llevaron en una litera a su tierra? (A. 1, 2) (23).

Nostalgia.—Este dolor que a otros vizcaínos les acució más de una vez (24), en nuestro santo quedó amortiguado por amores más soberanos. Sin contar que varios de sus hermanos, años después de su partida, seguían sin entender ni de pensamiento ni de obra la

(23) Autores modernos de mucha nombradía han sugerido o aceptado un supuesto itinerario del herido por territorio no ocupado por el ejército francés: Val de Olo, Val de Gofí, alto de Lizarraga, Urbasa, Olazagutia.

En mi opinión, tal camino o descamino será andadero con la contera del lápiz sobre un mapa; pero por abrupto y largo, casi hubiese puesto pavor a las partidas de Mina o de Zumalacárregui. Al herido de Pamplona no pudieron llevarlo por tales vericuetos.

La razón que se alega, de esquivar el encuentro con el ejército francés, no es convincente: Pamplona, de donde salía pacíficamente el herido, tampoco estaba en poder del duque de Nájera. Además, Val de Olo y Val de Gofí pudieron vibrar entonces de entusiasmo como otras partes de Navarra. A la palabra franceses del relato ignaciano le dan hoy un sentido de francesada; y sabido es que la Navarra de 1521 no era la de 1808.

Por otra parte, de las relaciones personales de Iñigo con los franceses (V. Leturia, o. c., págs. 118-122; y Ribadeneira, o. c., 1, 1, 44) y de la nacionalidad de los portadores de la litera se desprende que, con salvoconducto o sin él, a San Ignacio le trasladaron a Guipúzcoa por el camino ordinario, no por la sierra, sino por el valle: Pamplona, Irurzun, Huarte, Alsasua, Cegama.

(24) De ahí el dicho de vizcaíno, «morir al tierra», comentado por Medrano, *Silva curiosa*, París, 1608, págs. 20-21.

transformación. Sus razones tendría para arrojar al fuego, sin abrirlas, las cartas de su tierra, y volverse a la oración (25).

Miraba a su casa y a su valle a la luz de lo alto, e iluminado por ella, les dirigió a los de Azpeitia la famosa carta para que no se malograra el fruto de su visita. De la que les hizo cuando salió enfermo de París, buscando remedio en el aire natal (A. 8, 85), "los aires guipuzcoanos que son capaces de resucitar a un muerto", según confesión del P. Isla (26).

Pero si él se alejó de su tierra, el recuerdo de ella reverdeció en su alma algunas veces mediante la lengua, la música y la danza.

De la lengua trató el P. Jorge Aguirre (27).

Nunca perdió el gusto e inclinación natural al canto, del que sacaba provecho espiritual. A veces templaban sus melancolías tocando en su cuarto el clavicordio, o haciéndole cantar tonadas ingenuas a un hermano coadjutor sencillo y devoto (28).

A un divino acorde alude, a lo que parece, al referirse a la visión de la Santísima Trinidad en figura de tres teclas (A. 3, 28).

Paréceme oportuno trasladar aquí el episodio de la danza, tomándolo del P. Enrique Portillo (29). Fué en París, en la visita a un enfermo aquejado de tan extrema tristeza que no hallaba remedio para ella. Instóle Ignacio una y otra vez a imaginar lo que pudiera darle gusto y alegría. El enfermo, tras mucho pensarlo, se descolgó con un disparate. Oigámosle a Ribadeneyra:

"Una cosa sola—dijo—se me ofrece: si cantásedes aquí un poco y bailásedes al uso de vuestra tierra, como se usa en Vizcaya, de esto me parece que recibiría yo alivio y consuelo. —¿De esto—dijo Ignacio—recibiréis gran placer? —Antes grandísimo—dijo el enfermo. Entonces Ignacio, aunque le pareció que la demanda era de hombre verdaderamente enfermo, por no acrecentarle la pena, si se lo negara, y con ella la enfermedad, venciendo la caridad a la autoridad y mesura de su persona, se determinó de hacer lo que se le pedía.

(25) Ribadeneyra, o. c., 5, 1, 325.

(26) En carta fechada en Pamplona el 3 de junio de 1745. «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra, t. 15, pág. 556.

(27) *San Ignacio y el idioma vasco...*, «Yakintza», 1935, págs. 270-277.

Recuérdese también el artículo del P. Plácido Mújica, *Reminiscencias de la lengua vasca en el "Diario" de S. Ignacio*, RIEV, 27, 1936, págs. 53-61.

(28) V. Rivadeneyra, o. c., 5, 5, 347, y Leturia, *El gentilhombre...*, página 47.

(29) *El original manuscrito de la primera edición castellana de la Vida de N. P. San Ignacio, por el P. Rivadeneyra*, «Razón y Fe», 42, 1915, 295-296. Ese pasaje se borró en el original y no se imprimió. Después del P. Portillo, lo publicó en Bilbao «El Mensajero del Corazón de Jesús», 63, 1918, 129-130. Lo transcribo cambiando ligeramente ortografía y puntuación.

Y así lo hizo. Y, en acabando, le dijo: —Mirad que no me pidáis esto otra vez, porque no lo haré—. Fué tanta la alegría que recibió el enfermo con esta tan suave caridad de Ignacio, que luego comenzó a despedir de sí toda aquella tristeza, que le carcomía el corazón, y a mejorar; y dentro de pocos días estuvo bueno del todo...”

Otros rasgos podríamos comparar aún, como la hidalguía, puesta en duda en Alcalá, al preguntarle si hacía guardar el sábado (A. 6, 61); o las armas, espada y puñal, colgadas en el altar de nuestra Señora de Montserrat (A. 2, 27), elementos imprescindibles en el atuendo de todo vizcaíno antiguo; o sus amores insignes (A. 1, 6), divinizados después por obra de la gracia.

En fin, si amor engendra semejanza e igualdad, llegaríamos a concluir que los rasgos de Ignacio se perpetúan en su tierra natal, pues tan entrañablemente se le quiere en ella.

